

EL LEÓN Y LA COLUMNA
ALBERTO GONZÁLEZ Cronista oficial de Badajoz

Abrevaderos en Pardaleras



Si en el borde que siguiendo al Guadiana delimita el alineamiento Puerta de Palmas-Pajaritos, la transformación de los últimos años ha consistido en convertir el Campo de la Cruz y su entorno, antes una de las zonas de actividad vecinal más dinámicas de la ciudad, en un mero laberinto de paso para la circulación rodada, en el opuesto –llanos de Pardaleras– ha sido lo contrario: urbanizarla, poblarla y dinamizarla con una tupida red de tejidos que estructuran las avenidas de ese nombre, Antonio Cuellar, plazas Cecilio Reino, Manuel Pecellín, Padre López, Delgado Valhondo, Cortés Lavado, y una compleja trama de angostas calles.

Hasta mediado el siglo pasado, a partir del cuartel de Menacho, que limitaba la zona, entre Puerta Pilar y la plaza de toros, el fuerte, y el arroyo Calamón, únicamente aparecían, como hitos extrarradio, aislados entre amplios terrenos libres, la cárcel, estación de autobuses LEDA, asilo de ancianos, clínica de la Cruz Roja, chalets de la Caja Rural, de los que solo queda el que fuera Casa Árabe de don José Moreno, el de los espumosos, un rudimentario campo de fútbol al borde de la carretera de Valverde, flanqueado por frondosas acacias, hoy esquina de Fernando Calzadilla con Virgen de Guadalupe. Y asomada al Calamón la pionera piscina del maestro nacional Félix Conde, cuyo trampolín y baile eran la delicia del mocerío de la época. Al no haberse derribado aún el baluarte de San Juan, ni existir paso en la muralla, el acceso a tan apartado y polvoriento lejío precisaba una larga caminata.

Luego surgieron los potentes elementos que dinamizan la zona: Colegio de la Compañía de María; viviendas Ntra. Sra. de Fátima que promovió el imaginativo publicista Juan Antonio Gómez Ávila, JAGA; nuevo coso taurino; pistas deportivas;

locales de la Asociación de Vecinos; supermercados; edificio llamado inteligente, y enormes bloques de viviendas apretando los espacios. Muchos, como los erigidos en calle la Maya, con traza digna de cárcel para los autores por los pasadizos con que se justificó el abuso en la edificabilidad. Y otros que por su inmediatez al arroyo Calamón algo tuvieron que ver con lo acaecido en diciembre de 1997. Más tarde talleres de Pepe Arrabal; parroquia San Juan de Ribera, con acertado diseño del arquitecto Eduardo Escudero; Instituto Bárbara de Braganza; Museo de Arte Contemporáneo, y los hitos que identifican el barrio: Paco Oliva, churrería, embutidos Pepe, Venus, Paquito, y demás.

Centinelas del tiempo en que en los llanos de Pardaleras estaban despoblados y eran la avanzadilla de la población, fueron hasta los pasados años sesenta los cuatro abrevaderos que, certificando su naturaleza rural, se hallaban frente a Puerta Pilar, plaza

del Asilo y ámbito de la piscina Conde. Respondían al característico modelo rectangular de mampostería con pilar y caño de agua. También los hubo en Cuatro Caminos, Puerta de Palmas, Puerta Trinidad, Marchivirito, Granadilla y otros puntos. Eran las

gasolineras del pasado, que en ningún pueblo faltaban, muchas de enormes proporciones, en las que podían abrevar al tiempo decenas de animales. En las de Pardaleras hemos visto aún beber a las vacas y caballerías que frecuentaban aquellos por entonces remotos parajes.

Una imagen del Badajoz de antaño que este cronista evoca al alba cada día mientras lee en su terraza el HOY cuando el sol sale por el Cerro Gordo, teniendo como antepecho los jardines del MEIAC con su fronda de palmeras, olivos, celindas, plataneros y magnolios.

«En las de Pardaleras hemos visto aún beber a las vacas y caballerías que frecuentaban aquellos parajes»

LECCIONES DE ABISMO
ALONSO GUERRERO

Idealismos de salvapantalla



En el último cuarto de siglo ha habido muchos terremotos, y no todos geológicos. Lo ocurrido en Venezuela sólo es una toma de conciencia de lo poco preparados que estamos para morir o presenciar que otros mueran. Hemos sido desposeídos de aquella antigua disposición para dejar de ser lo que somos que tenían nuestros abuelos y bisabuelos. Recientemente, en Europa ha habido bastantes catástrofes en las que no hemos reparado: el fin de la educación y, como resultado, también el fin la libertad. Hemos renunciado a cualquier idealismo. El idealismo, ahora, es como un salvapantalla con la imagen de Pikachu o de un glaciar de Islandia al que habrá que ir cuando cobremos la extra. La dignidad nunca aparece en las fotografías, decía Bob Dylan. Los idealismos tampoco. Y es lo único que ya vemos: fotografías.

Las imágenes llegadas de Venezuela han sido las de los salvamentos, las de gente extraída milagrosamente de debajo de los cascotes por los voluntarios. No obstante, una de las más estremeceadoras muestra a un perrillo medio sepultado bebiendo agua de una botella, antes de ser finalmente sacado de la tierra. Ese rescate, junto a otros, representa nuestros sentimientos, nuestro deseo y nuestra voluntad. Por los muertos no podemos hacer nada, se hallan tras una puerta que es preferible no abrir. Morir está prohibido. Desastres como este terremoto nos obligan a contemplar lo importante. Nos dejan –inermes, claro está– en un lugar desconocido donde la depresión y la ansiedad ya no son las nuestras, donde la publicidad y el dinero no existen, donde estamos, por primera vez, acompañados por todos los demás, que es algo que nunca pasa en Facebook. En las sociedades llamadas desarrolladas

sólo se crean multitudes en torno a aquello que tiene que ver con el dinero. Gastar es la única comunión en la que participamos. Ahora, e inopinadamente, también morir.

Otros cataclismos, los que crea la IA, tampoco los hemos previsto: el vaciamiento de todo lo que era reflexión, cultura, la desposesión de nuestro tiempo propio, del que ya no disponemos, y la paulatina dependencia de medicinas que establecen nuestro equilibrio, o nuestra llamada salud mental. Poco a poco la muerte ha dejado de igualar todas las cosas, ahora es la ignorancia y, en muchos casos, la indiferencia las que las igualan. El último premio Nobel de literatura, el húngaro László Krasznahorkai, declaró recientemente que ‘la literatura tal como la conocíamos dejará muy pronto de existir’, y no porque esté evolucionando, sino porque está desapareciendo. La desaparición de todo lo complejo es el único proyecto de futuro de los que dirigen el mundo, un futuro sin imaginación.

¿Somos capaces de comprender lo que ocurre con la muerte en Venezuela? ¿Capaces de ocupar el lugar del doctor Rieux en ‘La peste’? Esa capacidad que nos daba la literatura se pierde si tenemos el móvil en las manos a todas horas. Miramos

las imágenes de Venezuela, sí, pero por causa de la acumulación con que llenan nuestras vidas hemos dejado de sumarnos a ellas. A la persona con sensibilidad le quedan pocos reductos. La soledad, el silencio, también el ostracismo. Cuando el último libro se convierta en polvo, los viajes que iniciaremos sólo serán los de piezas por el camino que les ha sido marcado, los viajes de eslabones de una cadena de bicicleta entre el piñón y el plato. El mundo de Skynet. ¿Lo recuerdan? Un mundo donde nadie piensa. Únicamente mira.

«El mundo de Skynet. ¿Lo recuerdan? Un mundo donde nadie piensa. Únicamente mira»

ZONA DE PASO
VICTORIA PELAYO RAPADO

Las influencias



A veces, y solo con algunos libros maravillosos, me gusta dejarme llevar por la imaginación y jugar a adivinar las lecturas favoritas del autor. Ha sido la última novela la que me ha decidido a escribirlo.

Este es el sexto libro de Pierre Lemaitre que cae en mis manos,

‘Nos vemos allá arriba’, cuya trama arranca en los últimos días de la Primera Guerra Mundial. Desde el principio me recordó a ‘El Conde de Montecristo’, aunque en el de Lemaitre la historia gira en torno a dos soldados cuyos destinos se cruzan con un ser despreciable. A medida que avanzaba en la lectura más me convencía de que Lemaitre siendo niño había leído una y otra vez la obra de Dumas con una admiración sin límites, lo imaginaba horas y horas con el libro abierto, absorto, embelesado, hechizado, pensando: «Yo quiero contar historias como esta».

En la novela de Lemaitre también se comete una tremenda injusticia con su antihéroe protagonista, que, aunque no es encerrado en una siniestra fortaleza de

la que nadie sale vivo, sufre un castigo atroz cuando los restos de un obús lo dejan sin cara, confiriéndolo a un encierro voluntario para evitar la vergüenza de que otros contemplen el agujero de su rostro.

Durante los días que leía ‘Tiene que ser aquí’, de Maggie O’Farrell, imaginaba que si no hubiera sabido el nombre del autor y me lo hubieran preguntado, habría dicho sin dudar Julian Barnes, porque la novela de O’Farrell tiene todo el aire barnesiano del inglés. Me gusta pensar que O’Farrell la escribió inmediatamente después de haber leído alguna de las maravillosas historias de Barnes, ¿por qué no?, si los dos son británicos y grandes narradores.

Cuando empecé a leer ‘Sobre la

belleza’ no sabía que su autora, Zadie Smith, rendía homenaje al libro de E.M. Foster, ‘Howards End’. Incluso su protagonista, llamado Howard, se permite una crítica feroz sobre su padre literario. Para resaltar el contraste generacional, Smith pone en boca de un personaje: «Esto no es 1910», casualmente la misma fecha en que Foster publicó su novela. Entre los muchos paralelismos en ambos libros, sobresale la inhabitual forma de traspasar la propiedad de un bien, cuya ejecución dependerá de la ética del custodio, un valioso cuadro en el de Smith y una casa de campo en el otro.

Sin necesidad de imaginar, una de las influencias más claras de un escritor por otro es la del irlandés John Banville por Henry

James, quien además de expresar su admiración por el autor estadounidense, quiso rendirle el mayor homenaje cuando publicó en 2017 ‘La señora Osmond’, magnífica continuación de ‘Retrato de una dama’, (1880-1881). Homenaje que los admiradores de James y Banville celebramos con un atracón de aventuras, y muchas desventuras, de Isabel Archer.

Al final de su novela Lemaitre cita en los agradecimientos a una veintena de escritores, y también a algún cantante, de los que ‘tomó cosas prestadas’. Ninguno de ellos es Dumas, la imaginación me engaña una vez más, pero me ha servido como vehículo entre un libro y otro, y ha exaltado mi pensamiento. Pienso, luego vivo.